

# KUBRICK EN LOS MUELLES

RAÚL CAZORLA

LA ESCRITURA INVISIBLE



*Índice* *La voz y la piel* 13 *El albañil de Tula* 23  
*Storytelling Inc.* 37 *Kubrick en los muelles* 45 *La biografía  
de Joaquín Font* 53 *Silencio* 66 *El vendedor* 78 *Las huellas*  
93 *Naturaleza muerta* 104 *La frontera portátil* 115 *La  
vergüenza* 126 *El poema, la viuda, los lectores y la sala* 133  
*Los archivos huecos* 137 *Videojuego de mutantes* 145 *Inés*  
152 *Las maletas* 164 *Instrucciones para comerciar con la  
mercancía llamada literatura* 171

## El albañil de Tula

9 de marzo

Por fin en Tepotzotlán. Hemos salido de México al amanecer y hemos llegado a primera hora de la tarde, cuando el sol ya no quemaba y los niños descalzos, en bandadas, asaltaban el carromato para curiosear a los extraños. Nada destacable de mi primer viaje fuera de Tlatelolco, salvo los colores apagados del campo, ocres, grisallas y amarillos tenues, rotos por el verde de los nopales y los ahuehuetes. He perdido la tintura rojiza de la piedra volcánica de México. El paisaje me recuerda a mi tierra de nacimiento.

Corrijo lo escrito: he de tener cuidado con estos recuerdos que se imponen con tal gravedad. Como decía el padre Amadeo, sólo somos capaces de pensar con lo que ya sabemos, y sé muy bien, desde el seminario, que tengo que estar abierto a lo desconocido. Este país me resulta menos ajeno de lo que esperaba, y acaso sea un defecto intelectual por mi parte. Los años en México han sido un acicate para aprender, pero la labor encomendada será mi camino de crecimiento.

De mi nueva residencia, impresiones sueltas, aun escasas, seguramente engañosas por su cercanía en la memoria. Los caminos polvorientos, que cruzan el pueblo entre chozas y casuchas de adobe, se convierten en empedrados en la plaza principal, donde la catedral, a punto de completarse, llena de luz el lugar. Canteros de Tula, me han dicho. Por lo visto, aprendieron el oficio de unos maestros venidos de Medina

del Campo. En la fachada, se estaban demorando en los arcos concéntricos de la entrada. El interior, aún con los muros desnudos, olía a cal fresca. Recé al anochecer en una capilla cercana, la de El Buen Pastor, la primera construida en la ciudad. Admiré las ménsulas acantonadas y su altar, austero y preciso, equilibrado en su sencillez. A punto de salir, la llama de un cirio se apagó. No quiero interpretarlo como una señal, sino como un error natural, azaroso, que tantas veces me confunde.

El párroco de la diócesis, Santiago Urquijo, marchó a una encomienda, a dos días en caballo. Deseo conocerlo. ¡Álvar elogió tanto su trabajo!

A última hora, me han conducido al monasterio. He saludado a otros hermanos de la orden y me han llevado a mi nueva estancia, desde donde escribo. Me han reservado una cámara en la planta superior, cerca de otros diáconos, según el tratamiento jerárquico, aunque esperaba, debido a mis nuevas funciones, disponer de una pequeña casa con huerto. El capellán me aseguró que todo se andará cuando esté de vuelta el párroco.

Desde aquí alcanzo a ver los limoneros del patio, cuyas ramas sacude el viento. Sin duda, una señal de acogida: piezas de color que anuncian mi llegada y mi trabajo. Por la hora, y pese a mi impaciencia, he preferido esperar a mañana para conocer la biblioteca.

10 de marzo

Tiemblan las manos. La cámara se ha hecho más pequeña, como si me faltara aire. Aún no puedo escribir...

Hoy conocí la biblioteca. Sentí un gran goce, que invitaba al silencio contemplativo, cuando me abrieron la puerta. Es una estancia amplia, de unos ocho metros de largo por cuatro de ancho. Me han dicho que equivale a cinco celdas de monjes. Bromeé: nunca hay celdas suficientes para una biblioteca. Cinco mesas con sus sillas, de madera de encino, sobre un suelo combado de baldosas negras. Alrededor de

la estancia, los muebles, con una delgada malla y bajo llave. Casi todos vacíos, excepto uno, que alberga un puñado de volúmenes, acaso quince. He pedido ojear los libros, pero me han dicho que el párroco guarda las llaves. He preguntado si nadie más que él puede leer los libros. El monje, del que recuerdo vivamente su dentadura estropeada, me ha dicho que no, pero que sólo el párroco concedía el permiso. He sonreído: esa labor corre ahora de mi cuenta, he pronunciado en voz alta, para que me oyeran todos los presentes. Cuando tenga las llaves, añadiré.

Mi decepción, en cambio, sobrevino al descubrir que sólo cuento con dos ayudantes, un copista y un grabador, quienes no tenían noticia de que el párroco pensara en adquirir una imprenta, lo que se contradice con las palabras del arzobispo. Enardecido, temeroso de que el pecado de la ira me invadiese, he salido de la biblioteca y me he encerrado en la cámara. No hay forma de levantar esta biblioteca, de ampliar sus fondos, si no adquirimos una imprenta. Santiago debe comprenderlo. De otra forma, mi trabajo... Aún no he comido y anochece. Los limones han perdido todo su fulgor. Debo salir.

11 de marzo

Paseé después del almuerzo por el pueblo, en compañía de Hernando, quien me enseñó un camino de biznagas, agaves y otras cactáceas que aún desconocía. Lleva en el convento cuatro años, después de vivir en Puebla de los Ángeles, dedicado a la botánica y a los huertos. Me condujo hasta lo alto de un cerro, desde donde se divisaban torres y palacios de México. Me emocionó reconocer el perfil de la catedral. Nos pusimos a rezar en silencio, a la sombra de un sabino. Recuperé el sosiego que me había abandonado desde mi llegada.

Hernando es una persona sumamente reservada. A mis preguntas sobre Santiago, él sólo ha contestado con afirmaciones muy generales, que me llenan de incertidumbre. Le

hablé también de mi amor por los libros y de mis deseos futuros, y él sólo guardó silencio.

12 de marzo

Conocí a Santiago. El capellán me informó de su regreso.

Me concedió una breve audiencia porque estaba ocupado con diversos asuntos, me dijo. Le hablé de la misión que me ha encomendado el arzobispo, le enseñé la carta sellada, me permití recordarle que al convento le había sido concedido el permiso eclesiástico y del virrey para albergar una imprenta.

Santiago me recordó que la obra de Dios es nuestra primera labor, por encima de cualquier otra tarea. “Nada debe apartarnos de nuestro camino”, me dijo. Luego me pidió paciencia y trabajo, y me dijo que hablaríamos otro día de la semana. Me recordó que, mientras tanto, debía supervisar el trabajo del copista y del grabador, muy retrasado.

Le pedí la llave de los armarios. Me contestó que la guardaba en su casa. Me la dará mañana.

Después de nuestro encuentro, he decidido ayunar.

13 de marzo

Anoche los ladridos de un perro no me dejaron dormir y hoy me encuentro fatigado y pesaroso.

Todo el día en la biblioteca. He comenzado una carta con los libros que solicitaré a la biblioteca de México. Las anotaciones sobre libros durante los últimos dos años me han sido muy útiles. Santiago no me visitó. Pregunté al capellán, y no sabía dónde se encontraba.

No he querido buscar a Hernando, pese a que nos habíamos citado para el paseo. Cuanto antes sienta mi lejanía, mejor. No quiero volver a saber nada de él, no me inspira confianza.

14 de marzo

El párroco aún no me ha hablado. Le entregué al capellán una carta a su nombre. Le he explicado con claridad mis propósitos para la biblioteca. Mi tono ha sido, espero, sumamente persuasivo.

Una discusión en el mercado a punto estuvo de terminar a cuchilladas. Al parecer, uno de los indios insultó a otro porque creía que lo quería timar con unas gallinas. Antes de que los soldados se llevaran a los hombres, un monje pudo hablar con ellos. Mi náhuatl es aún muy rudimentario y sentí vergüenza por estar sordo al mundo que me rodea. Me acordé de Bernardino. Le escribiré para informarme de sus avances.

16 de marzo

Ayer el párroco me citó a primera hora.

Me ha negado las llaves de los armarios. Me ha dicho que la biblioteca sigue estando bajo su responsabilidad y quiere conocer a sus lectores. Si necesitaba algún libro, que se lo pidiera por escrito. Mi trabajo consiste en ayudar, no en viajar con ellos.

Me dijo que no se construiría ninguna imprenta, pese al permiso concedido. Los peligros son altos, me dijo, y con una en México había suficiente. Si consideraba que algún libro era primordial, se solicitaría una copia.

Cuando le dije que este no era el acuerdo al que había llegado con el arzobispo, Santiago me gritó. Me recordó que uno de mis votos era la obediencia. Si lo olvidaba, sería relevado de mi cargo por una persona más comprometida con la orden. Le rogué perdón por mi arrogancia, que nunca más volvería a discutir sus palabras. Salí de su recámara sin darle la espalda.

No pude hacer otra cosa en la tarde salvo rezar. Derrotado, he sido incapaz de salir de la cámara en todo el día, ni siquiera para la cena.

18 de marzo

Hoy rompí el ayuno. Por la tarde escribí la carta al arzobispo. Yo mismo me acerqué a llevarla al carromato que viaja a diario hasta México. Me fijé en un cocotli que rondaba cerca. Estuve observándolo durante un buen rato, pero no levantó el vuelo. Merodeaba, reacio a tomar un destino.

21 de marzo

Esta mañana Santiago trajo un par de libros de su biblioteca personal. La *Doctrina cristina* de Zumárraga y *Cartas* de Pedro Morales. Ha pedido una copia manuscrita de ambos. Para acelerar el proceso, me ha pedido que yo también trabaje de escribiente.

También me recriminó que no le hubiera consultado los libros que solicité a la biblioteca de Tlatelolco.

He advertido desde la ventana que muchos limones han caído al suelo y nadie los ha recogido aún.

25 de marzo

He escrito a Bernardino.

27 de abril

Hoy llegaron cinco libros de la larga lista que había confeccionado. Venían dentro del hatillo de un fraile, Andrés, que ha venido al convento a completar su formación. Le han prometido el trabajo de evangelización de una encomienda cercana.

He pedido a Santiago su aprobación para la copia de los libros, tal como establece la orden, y ha estado revisándolos. Después de un buen rato ojeando sus páginas, incluidas las glosas anotadas en los márgenes, me los ha devuelto, excepto la copia manuscrita de los *Huebuetlatolli* mandados por el padre Olmos. Santiago ha anunciado que no quería libros

## La biografía de Joaquín Font

[Grabación de 5/06/1994. Transcripción parcial. Hoja 5.]

—Joaquín, ¿cómo comenzó su vocación política?

—Muy pronto. En la universidad. Tal vez antes. Cuando era adolescente, la política era un asunto de mayores y de periódicos. Recuerdo a mi padre discutir con sus hermanos en algunas comidas de domingo sobre los cambios en España. Yo era muy chico, tendría trece o catorce años. En la sobremesa se enzarzaban en discusiones que duraban horas. Normalmente yo les acompañaba: me sentaba en el suelo a jugar a las cartas con mi primo Alfonso, o me quedaba solo con la espalda pegada a la pared leyendo alguna novelita de vaqueros. Pero mi tío Manuel fumaba puros y llenaba la habitación de un humo espeso y agrio que acababa haciendo que me marchara. Mi padre no fumaba. Él también se acaloraba en las discusiones y pegaba a veces hasta gritos, o eso me parecía. Yo sabía que hablaban de política porque mi padre decía muy a menudo las palabras “país” y “gobierno”, y yo sabía por la escuela que eso tenía que ver con la política. Un día, que habíamos ido a comer a un restaurante del centro con mis tíos, se enfadó tanto, que nos agarró a mí y a mi hermana de la mano y nos hizo que nos marcháramos. Mi madre no decía nada. Ella callaba. Y luego, claro, lo que yo entonces asociaba a la política eran los periódicos. Mi padre compraba *El Sol* o *La Nación*, o ambos, se sentaba en el sillón del salón, el único que había, y comentaba cosas solo, decía

algún insulto o se le crispaban los nervios hasta que se levantaba y decía: “Vámonos a dar un paseo, Carmen, aquí no se puede estar” y nos íbamos todos al Retiro o a Princesa. Pero cuando estalló la Guerra Civil, la política se convirtió en otra cosa. Era imposible ser inmune, ser neutral o hacerse el despidado, imposible. No se podía no tomar partido. Si es que no era un problema de militancia o de conciencia política, ¡es que de ello podía depender tu vida!

—Pero usted estaba empezando derecho.

—Sí, en la Ciudad Universitaria. Pero la universidad estaba muy politizada, de un extremo y de otro. No se podía comentar cualquier cosa en voz alta ni de cualquier forma, porque se sabía que, según lo que pasara en la guerra, eso podía traer consecuencias. Y de hecho así pasó. Algunos se fueron a la guerra, partieron como voluntarios. Yo no. A veces creo que por eso comencé a militar en el Partido Comunista de Madrid: por despecho a mi padre. Por llevarle la contraria, porque no mostró ninguna comprensión hacia mis inquietudes políticas. Más bien se burlaba de ellas. Pero yo sentía, y ahí fue donde comenzó mi verdadera vocación, que aquella guerra nos estaba demostrando que la política no era sólo una cosa de mayores y de gacetas; nos incumbía a todos, y yo no podía permanecer al margen, pese a las trabas de mi padre. En fin. Creo me hice político porque viví unos años horriblos nacidos de una guerra horrible como fue la Guerra Civil.

[Hay unas notas escritas con bolígrafo en el margen izquierdo de esta hoja. Una dice: “rastrear documentos sobre su militancia política, añadir entrevistas a amigos o familiares que lo hubieran conocido aquellos años”. Y en otra: “comenzar el capítulo de la infancia con el pasado del padre, subrayar su interés por la política”.]

Cualquiera diría que aquellos muchachos estaban aún de servicio militar o de prácticas y, sin embargo, por la fecha de la

foto, escrita en tinta azul en el reverso: “1937”, ya debían de haber conocido la guerra o estar a punto de conocerla. En aquel año, el bando nacional ya había tomado la mayor parte de Andalucía, pero había fracasado en hacerse con Madrid o con Cataluña, los centros políticos del poder republicano. Aquel año no estaba nada claro que los fascistas fueran a ganar la guerra, aunque tuvieran de su parte el apoyo militar de Hitler y Mussolini. Imaginaba que Joaquín Font, el segundo por la izquierda, de pie (inconfundible por sus cejas pobladas), se había encontrado con la guerra de improvisado y no le había quedado más remedio que alistarse, seguramente a la fuerza. Fue algo común: durante la Guerra Civil muchos jóvenes eran reclutados para el bando que controlara la ciudad o la provincia, y para ese bando luchaban o morían, sin que nadie les preguntara su ideología o sus posturas políticas, si es que las tenían. Normalmente el ejército, del bando que fuera, previamente se había asegurado de que no militaran en ningún partido y de que no estuvieran afiliados a ningún sindicato contrario a su poder. De lo contrario, lo más probable es que fueran fusilados o encarcelados, más lo primero que lo segundo. Lo extraño del asunto, lo raro de todo esto era que según mis notas Joaquín debía de encontrarse aquel año en Madrid, estudiando derecho en la Universidad Complutense, en la llamada entonces Ciudad Universitaria. Él mismo me había dado sus archivos personales de sus años de juventud: fotografías, cuadernos, incluso sus apuntes de las asignaturas de política. Pero aquella fotografía encontrada por azar no estaba en sus archivos. De toda la información recopilada de sus años universitarios, no tenía ningún documento que me hiciera pensar que Joaquín se había marchado de Madrid para hacerse soldado. Todo lo contrario: sus apuntes, sus fotografías en el Colegio Mayor Cisneros, incluso su título de licenciado en derecho en el año 1941, un año después de lo previsto (pues la guerra había cancelado durante meses la actividad en la universidad) confirmaban que Joaquín no había salido de Madrid durante los años de la

guerra. El padre de Joaquín, además, un empresario exitoso, un emigrante catalán en la capital desde los años veinte, que había hecho fortuna con el comercio de telas y que milagrosamente lograría mantener su negocio durante la posguerra, nunca lo habría dejado y hubiera movido los contactos que hicieran falta para impedirlo. Así que aquella foto venía de pronto a hacerme un desconfiado, un incrédulo de los años de juventud de Joaquín Font, y cuestionaba no sólo el primer paso de mi biografía, sino todos los posteriores, pues todo el mundo sabía que la biografía de Joaquín giraría en torno a su principal actividad: la de ser uno de los fundadores del PTE, el Partido de los Trabajadores de España, el principal partido progresista del país, que él había contribuido a fundar en la clandestinidad, allá por los años sesenta. Era un símbolo de la resistencia en los años de plomo de Franco, un luchador por los derechos de los trabajadores en la maltrecha transición, una de las mentes lúcidas del Partido. Alguno de los entrevistados había afirmado que incluso ahora, pasados los setenta años, Joaquín aún asistía a reuniones informales del Partido, y se le respetaba y escuchaba con atención. ¿Cómo iba yo, con la única prueba de una fotografía, a cuestionar el pasado de uno de los padres de la socialdemocracia de mi país? Y pese a todo, aquella biografía no podía avanzar ni ser concluida desde la aparición de aquella maldita, molesta e ineludible fotografía.

El encargo venía de mi amigo David Proaza, que trabajaba como asesor del PTE desde hacía años. Creo que por entonces estaba de ayudante del ministro de Cultura del momento. Por lo visto, en una de las reuniones, alguien había propuesto consolidar el pasado y la imagen del partido con el apoyo a la publicación de las biografías de aquellos políticos del partido que no habían recibido la atención de los medios que merecían. Se dijo también que era una forma de contribuir a la memoria de nuestro país, que no recordaba lo suficiente a la izquierda que había ayudado a construirlo. Algún asesor, me dijo David, había apuntado que era una há-

bil estrategia para limpiar la imagen política del partido, que había quedado muy dañada después del último año, en el que varios casos de corrupción habían puesto en peligro el poder de varias autonomías. El nombre de Joaquín Font salió muy pronto: político longevo, que aún conservaba su carisma, era acaso el símbolo más fuerte de la lucha del partido durante el franquismo y la transición. Ya no se prodigaba en mítines, pero su presencia o su evocación inspiraban respeto. Meses después de aquella reunión (en abril de 1994), un grupo de asesores del partido se reunieron para discutir el proyecto de la biografía de Joaquín, y fue entonces cuando David propuso mi nombre. Él sabía que yo no andaba muy bien económicamente, y un encargo de ese tipo, bien pagado y con tiempo para trabajar en él, me ayudaría a atravesar mi último parón profesional. El año anterior habían prescindido de mí en el periódico para el que trabajaba, y llevaba muchos meses viviendo sólo de colaboraciones: la mayoría artículos y reseñas; esporádicamente, algún reportaje largo. Estaba como loco intentando entrar en algún gabinete de comunicación o en algún medio más consolidado, pero ya se sabe que nadie confía en un periodista despedido, y menos si le acompaña la fama de protestón o díscolo. La llamada de David vino a salvarme. Yo sabía que no era sólo una cuestión económica; si escribía una buena biografía, mi nombre escaparía del purgatorio sin fondo de los periodistas. David, por su parte, tendría palabra en todo el proyecto, no sólo por la amistad; el favor que me concedía llevaba implícita la norma no discutida de que le entregaría a él antes que a nadie el borrador final y que debía estar dispuesto a aceptar cambios. Yo no estaba en situación de negociar nada, así que acepté inmediatamente. “Te pondré en contacto con Joaquín en cuanto pueda”, me dijo antes de despedirse.

A la semana, Joaquín me había concedido la primera entrevista. Fui a visitarlo a su casa, un espacioso chalet de piedra cerca de un pueblo llamado Sacramenia, en Segovia, donde vivía con su segunda mujer, veinte años más joven que

él, y con un par de asistentas de hogar. Al costado derecho de la casa, se extendía un terreno de unas diez hectáreas, tomado por encinas y olivos. En la terraza, un alargado y amplio espacio de suelos de madera, por el que podría circular un jeep, y protegidos del sol por un voladizo de vigas de madera, tuvimos la primera entrevista, de unas seis horas, desde el mediodía hasta el atardecer anaranjado y tardón de junio. Según mis notas, el 5 de junio de 1994. Él iba a cumplir en noviembre 73, y aunque la edad pesaba, sobre todo en sus huesudas manos y en su paso tembloroso, ayudado por un bastón de madera, que siempre agarraba entre sus manos, incluso sentado, Joaquín Font me dio la impresión de mantenerse lúcido y con una memoria robusta. Aún conservaba una buena mata de pelo, tenía un estupendo apetito y, lo que es mejor, ganas de hablar. Era un amante del género de las biografías, me dijo, “no por el personaje, sino por el libro, por la calidad del libro”, y confiaba en que saliera de nuestras reuniones una visión lo más completa posible, aunque él rápidamente insistió en que debía destacar el lado político, que había guiado su vida “durante casi setenta años”, afirmó. Ese es mi propósito, le dije. En la primera entrevista le pregunté por amigos, por sus padres, por su familia, y él, con aquella voz hilosa y reposada, propia de quien la ha sabido manejar, me iba contando despacio su vida. Joaquín era, o daba esa apariencia, una persona tranquila y educada, que se transformaba por completo cuando tocábamos la política, y más cuando se veía obligado a rememorar diferencias con otros partidos o con otras personas. Entonces movía mucho las manos, la voz se le ponía más áspera y aceleraba su discurso. De aquella primera entrevista recuerdo vivamente sus diferencias políticas con su padre, “un hombre egoísta, que sólo pensaba en su riqueza y en sus bienes, que siempre sentía que era robado, por el Estado o por sus hijos o por su mujer”, al que tildó de profundamente conservador, aunque negó su participación en partidos, antes o después de la guerra. “Me metí en política por mi padre, por enfrentarme a él”, confesó. Yo estaba encantado de es-

cuchar aquella primicia. Antes de despedirme, me entregó con plena confianza los archivos personales que guardaba en su casa, me citó para la semana siguiente y posó una mano sobre el hombro como despedida. De vuelta a Madrid en mi coche, pensé que era imposible escribir la biografía de nadie sin sentir aprecio o afecto o algún tipo de emoción por el biografiado, y yo debía tener cuidado de no idealizar a aquel viejo, más enamorado que yo del poder de las palabras.

[Hoja 53. Notas sobre el capítulo 5. Los años en el exilio.]

Joaquín deja su trabajo en la empresa de su padre y se marcha a Francia en el verano de 1964 —sin recursos, Joaquín asegura que su padre no le envió dinero, sin fuentes adicionales que lo confirmen—. En octubre empieza a trabajar en París como mozo de carga y después camarero (fuente: Joaquín). Vive en pensiones del barrio Latino. Entra en contacto en diciembre con el Partido Comunista Español en París (fuentes: Joaquín, Emilio Rubio, Silvio Urgoiti, cartas de Alberti). A lo largo de 1965 con Julián y Emilio comienza a diseñar las bases del Partido de los Trabajadores, que se distancia del Partido Comunista Español. Ingresos: trabajos eventuales, ayudas de los amigos adinerados, mencionar el caso especial de los artistas que ayudaban al PCE (fuente: libro de Ramiro Pradillo). Conoce a Emilia (fuentes: Joaquín, cartas de Joaquín, Emilia, Silvio Urgoiti). Comienzan su relación (incluir fragmentos de las entrevistas a Emilia el 16/10/1994 y a Joaquín el 12/9/1994). En 1966 Joaquín empieza su trabajo asalariado como secretario del Partido de los Trabajadores (contrastar fuentes, cuidado: según Joaquín, la financiación procedía principalmente de los militantes; según Silvio, recibían ayuda principalmente de varios partidos socialistas europeos). En 1967 se casa con Emilia en París. Viaje de novios por la República Democrática Alemana y la URSS (fuentes: Joaquín, Emilia, mismas entrevistas). Conocimiento de cerca de las repúblicas socialistas (incluir entre-

vista a Joaquín el 13/9/1994 y el 7/10/1994). En 1968, viven de cerca las revueltas en París (entrevista del 13/9/1994). Entran en contacto con numerosos militantes franceses y españoles. El Partido de los Trabajadores crece y se hace fuerte. Joaquín invitado a hablar para el Congreso XXI del Partido Socialista Francés el 28 de septiembre de 1968 (remarcar esta fecha, el partido aparece por primera vez en varios periódicos franceses, el eco llega a España; fuente: archivos del PTE). A finales de año nace Paula, la primera hija de Joaquín y Emilia (fuente: Paula). En 1969, Joaquín viaja en varias ocasiones a Suecia, invitado por el Partido Socialdemócrata Sueco (fuente: Joaquín. Contrastarlo con las fuentes del Partido Socialista Sueco). Joaquín conoce a Olof Palme (entrevista del 22/09/1994). En enero de 1970, el Partido de los Trabajadores tiene cuatro mil militantes, españoles y franceses (fuente: archivos del PTE). En mayo, nace Clara, la segunda hija (fuente: Clara). Se mudan a un nuevo barrio, Marais. En 1971, establecen la primera base fuerte en Barcelona del PTE (fuente: Joaquín, Silvio). En Madrid, al año siguiente. En abril de 1971, el Primer Congreso del PTE (fuente: archivos del PTE). En 1972, Joaquín entra de forma clandestina a España para reforzar las bases. En junio nace Diego, el tercer hijo. En 1973, Silvio y Emilio regresan a España: Silvio dirige el partido en Madrid; Emilio, en Barcelona. Contactan con Miguel Basagoiti para extender el partido en Bilbao (fuente: Joaquín, Miguel, archivos del PTE). En 1974, el PTE es reconocido como socio del Partido Socialdemócrata Sueco y del Partido Socialista Francés (fuente: archivos del PTE). A finales de 1974, Joaquín, Emilia y sus tres hijos se mudan a España con identidades falsas.

Nos vimos durante los meses siguientes, normalmente un día del fin de semana, cuando yo lo entrevistaba durante no menos de siete horas, normalmente repartidas entre la mañana y la tarde. Comía con él y su mujer, Marta Azón, a la que entre-